

Rodolfo Sarracino

El oficio de investigador de la edición crítica de las *Obras Completas* de José Martí obliga a enfrentar complejos retos profesionales que no debe ni puede ignorar. Una buena parte de ellos tiene que ver con la profesión periodística de José Martí.

Martí no era un periodista como se concebía en el siglo XIX en Estados Unidos. Era más bien un investigador de temas serios, reveladores de realidades, sobre todo la estadounidense, desde lo cotidiano hasta lo excepcional. Estudiaba, en toda la profundidad que sus fuentes le permitían, a los personajes sobresalientes de esa sociedad y la inclinación generalizada a la violencia en un sistema social esencialmente injusto en el que, desde el ciudadano común hasta el más acaudalado, valoraban altamente la acumulación individual de riquezas con poco escrúpulo por los medios para lograrla. Revelar los absurdos de ese sistema, que no deseaba para su pueblo, y el peligro que entrañaba para toda América Latina, era parte de su estrategia política independentista y emancipadora del pueblo cubano.

Lo hacía con un estilo literario depurado, difícil de superar en los países de habla hispana. Su amplia visión dependía sobre todo de la lectura voraz de una variedad impresionante de periódicos, revistas, libros y publicaciones de toda índole y origen, que leía con sentido crítico en su casa, de pie frente a los puestos de periódicos y los anaqueles de las librerías y bibliotecas neoyorquinas. Era frecuente su correspondencia dirigida a amigos cercanos en la que solicitaba revistas y libros recientes de autores conocidos sobre temas específicos. La inestabilidad en el aseguramiento de fuentes impresas confiables, y por ende costosas, en ocasiones comunicaba a sus análisis imprecisiones que constituían un peligro permanente de errores que minimizaba con su brillante inteligencia y capacidad de interpretación, fundamentada en la observación penetrante de su entorno, que se fortalecía a medida que el tiempo transcurría.

Si fuera posible la comparación del periodismo de Martí con alguna especialidad periodística actual, pudiera afirmarse que evidenciaba una voluntad analítica similar a lo que hoy exhiben los periodistas de investigación, género de prensa entonces nuevo que desarrollaba Joseph Pulitzer, en su diario *The World* de New York. Con ese nuevo rumbo periodístico, Pulitzer logró alcanzar una tirada diaria de 600,000 ejemplares, hasta ese momento la más alta alcanzada en esa ciudad.

Por otra parte, Martí nunca coincidió en Estados Unidos con Alexander Turney Stewart en vida. Cuando Martí se instaló definitivamente en Nueva York, en 1881, Stewart había muerto hacía cinco años. Y ya a fines de 1886, al conocerse que Máximo Gómez había dado por terminados sus esfuerzos por dirigir la nueva gesta revolucionaria, el Apóstol comenzaba a dedicarse por entero a retomar bajo su guía la organización de una revolución independentista a 90 millas de su poderoso enemigo potencial, por lo que el tiempo no siempre le alcanzaba para buscar documentos y hallar a protagonistas y testigos de casi todo lo que narraba y analizaba en sus artículos. A ello se unía la realidad de que sus recursos económicos no le alcanzaban para viajar a los lugares donde tenían lugar los hechos más importantes, y su círculo de relaciones y amistades estadounidenses era relativamente limitado, lo que le hacía más difícil el seguimiento de todo lo que acontecía en el enorme país.

En las líneas que siguen analizaremos otro, entre varios ejemplos,¹ en el que se ilustra lo expuesto. Aunque cuando Martí inició su vida en Nueva York Stewart era sólo un recuerdo, se refirió a él en varias ocasiones. Entre 1881 y 1883, Martí al menos en dos ocasiones lo mencionó elogiosamente, cuando sus conocimientos de la sociedad en que vivía no habían madurado plenamente. Se sentía relativamente seguro en sus criterios, porque Stewart ya era prácticamente un mito neoyorquino, en cuyo entierro en 1876 los periódicos locales de la época reportaron el paro espontáneo y casi total de la urbe, tanto era el afecto, en particular de la numerosa minoría irlandesa, y el pesar generalizado del pueblo por su desaparición.

Véanse, en el siguiente esbozo apresurado, algunos rasgos salientes que es preciso conocer de su vida. Alexander Turney Stewart (1803-1876) emigró de Irlanda a Estados Unidos en 1823, a los veinte años de edad. Era hijo único nacido en el seno de una familia de un modesto campesino, educado en el hogar y la escuela en el ambiente religioso católico característico de Irlanda. A partir de una pequeña herencia del padre de aproximadamente 3,000 dólares, se convirtió en su madurez en el tercer hombre más rico de Estados Unidos con una pequeña tienda de confecciones y tejidos, paso inicial que condujo a la creación de varios grandes establecimientos por departamentos. Nada parecido había existido hasta entonces en el mundo.

Al inicio de su gran aventura comercial, Stewart contrajo matrimonio el 16 de octubre de 1823 con Cornelia Mitchell Clinch en una iglesia protestante. Cornelia era hija de James Clinch, conocido proveedor de buques (ship chandler). Su hermano, Charles Powell Clinch era subjefe y jefe provisional del Departamento de Cobros de la Aduana de New York. Una reflexión enteramente espontánea mueve a sospechar el posible apoyo que pudo haber recibido Stewart de su cuñado en los primeros años de su carrera comercial para la importación desde Europa, y consiguiente pago de

impuestos de muchos de los productos para sus tiendas por departamento, pero esto es una mera conjetura sin la menor sustentación documental. Ni siquiera Martí y otros con una pródiga imaginación lo mencionan.

Era también poco usual su política de ventas, basada en precios fijos y relativamente bajos para todos sus productos, los créditos a los clientes y las ventas por correo, atendidos por empleados altamente disciplinados y eficientes. En 1848 las utilidades habían alcanzado un volumen tan crecido que le permitieron iniciar la construcción de un enorme establecimiento en la calle de Broadway, más tarde convertido en un almacén del sistema comercial de la A. T. Stewart and Company. En 1862 ordenó erigir en la manzana bordeada por las calles Novena y Décima, y Broadway y Cuarta de la ciudad de Nueva York, un enorme edificio de estructura de hierro que a partir de su inauguración fue su tienda principal, la mayor del mundo por aquellos días. Su costo alcanzó un total que a los precios de hoy llegaría a varios millones de dólares. En esas tiendas y varias sucursales, Stewart empleaba más de 2,000 trabajadores. Poseía además almacenes y oficinas de compra en por lo menos seis países europeos. Sus ingresos netos anuales superaban el millón de dólares.

No sorprende, por todo lo expuesto, que a Stewart se le considerase un genio del comercio, que acumuló su enorme patrimonio en la rama de las ventas de tejidos y confecciones, a diferencia de casi todas las fortunas de otros multimillonarios, cuyos capitales se hicieron a partir de negocios en bienes raíces. Su capital líquido, en el momento de su muerte, alcanzaba la cifra de cuarenta millones de dólares.² El total de sus bienes raíces superaba los cinco y medio millones de dólares, más cinco millones en otras propiedades cuyos impuestos pagaban los arrendatarios. Al cambio actual el capital líquido y sus propiedades sumaban centenares de millones de dólares.

Todo cuanto aplicó en materia de metodología del comercio era desconocido en la gran urbe neoyorquina y el mundo. Pero tal vez lo verdaderamente extraordinario, que lo hizo famoso en el pueblo neoyorquino y hasta en hombres de su clase, fue su vocación filantrópica, que durante la hambruna de 1846-1847 en Irlanda, su país natal, le hizo fletar un vapor de gran porte que llenó de alimentos y otras provisiones para el pueblo hambriento de Belfast. Y que a su regreso lo atestó de personas de su nacionalidad que empleó en Nueva York, con la única condición de que debían saber leer y escribir y ser de "familias decentes".

Por otra parte, durante la Guerra de Secesión, Stewart hizo negocios gigantescos con el gobierno de la Unión, al suministrar al crédito uniformes y otras provisiones para sus fuerzas armadas. Al concluir la guerra el estado le debía unos 50 millones de dólares, que Stewart rehusó cobrar. A partir de este punto su historia se enturbia.

El presidente Ulysses S. Grant quiso retribuir su generosidad honrándolo con la designación, en marzo de 1869, para el alto cargo ministerial de Secretario del Tesoro, que debía ser confirmado por el Congreso.

Pero antes que él Joseph Seligman, el famoso banquero judío alemán, había declinado aceptarlo. Seligman era famoso, aparte de su fortuna, por el importante aporte con el que contribuyó a inclinar la balanza a favor del gobierno federal durante la Guerra de Secesión. Era una personalidad notable sobre todo por sus concepciones éticas en el desempeño de sus responsabilidades en las finanzas, el comercio y su vida privada.

La designación de Stewart se convirtió en una imprevista e interminable escaramuza en el Congreso que parecía dirigida principalmente contra Grant, pero que obedecía en realidad a otras causales. En una fase inicial se esgrimió como justificación un argumento basado en una anticuada ley según la cual ninguna personalidad designada para el alto cargo podía tener intereses en la importación de bienes.

Grant envió un mensaje al Congreso en el que le solicitaba la derogación de la ley pero no logró su objetivo. Las dos Cámaras la confirmaron y Stewart no pudo ocupar esa alta responsabilidad. Al testarudo irlandés no le bastó la negativa del Congreso, e insistió en su propósito. Ofreció colocar toda su fortuna bajo fideicomisarios y entregar sus ganancias a obras de beneficencia durante el período que ocupara el cargo. Ni así logró que el Congreso lo aprobara como miembro del gabinete del General Grant. Esa humillación, indirectamente relacionada con la ética de Joseph Seligman aplicada al sistema capitalista, lo acompañó hasta su muerte.

La prensa hizo suyo el rumor de que el Congreso en realidad había rechazado el nombramiento de Stewart porque tenía conocimiento de que el juez Henry Hilton, esposo de una prima de Cornelia, estaba vinculado al Tweed Ring (Red de Tweed), una especie de precedente de una sociedad secreta para delinquir, parecida a la mafia que entonces daba sus primeros pasos, en ese caso integrada en su mayoría por emigrados irlandeses que trabajaban en la alcaldía de Nueva York.³ Aparte de esas complicaciones, nada pudo probarsele a Stewart o a su pariente distante, pero la duda permaneció en el ambiente y al fin, profundamente amargado, tuvo que prescindir del alto honor que Grant le confería.

Aparte de su presunto vínculo con Tweed, Henry Hilton había sido un juez de ideas que hoy llamaríamos ultraconservadoras, lo que entonces suponía una posición antisemita activa. No era este, por cierto, el caso de Stewart, hombre de pueblo

sensible a sus penurias y necesidades. Esta circunstancia es importante para comprender los hechos posteriores.

Se ha divulgado poco que durante la guerra Franco-Prusiana (1870-1871), Stewart envió a Francia un vapor cargado de harina al pueblo de París bajo el asedio alemán. Y en 1871 donó 50,000 dólares para aliviar las vicisitudes de las víctimas del gran fuego de Chicago. También se hizo público que había entregado 50,000 francos para los afectados por las inundaciones en Silesia, Polonia.

En el momento de su muerte, Stewart completaba, al costo de un millón de dólares, la estructura metálica de un edificio en la 4ta avenida entre las calles 32 y 33 de Nueva York para el alojamiento barato de las empleadas de su empresa. Y ya se encontraba en fase adelantada su proyecto social tal vez más ambicioso, la Ciudad Jardín (Garden City) en Hempstead Plains, Long Island, New York, que daría albergue confortable a bajo costo a sus empleados y familias de su poderosa firma.

En ocasión de un gran incendio que tuvo lugar en Nueva York en octubre de 1881, durante el cual se destruyeron los grandes talleres del “tranvía de la Cuarta Avenida” y se perdieron en la zona incendiada cuadros, esculturas, y otras piezas de arte de la gran valor, Martí se detuvo precisamente en el ya mencionado edificio que Stewart concibió para alojar sus empleadas, obra notable de arquitectura moderna. En su dramática crónica del 15 de octubre de 1881 para *La Opinión Nacional* de Venezuela, afirmó:

Ya el intenso calor derretía los cristales, y la gigantesca ola roja lamía, golpeaba, iluminaba la fachada de hierro de un edificio monumental construido para casa de mujeres pobres, por el benéfico comerciante Stewart y convertido por sus ambiciosos herederos en hotel colosal y lucrativo: no tuvo Asiria palacios más altos.⁴

No es posible dimensionar racionalmente el alcance de este proyecto si no se tienen a mano las cifras elementales del tamaño de la obra y su organización. El excelente análisis histórico hecho por un equipo de arquitectos que publican en el Portal A Daytonian in Manhattan, que titularon “The lost 1878: Working Women’s Hotel, Park Avenue at 34th Street”, publicado en Internet el 14 de mayo de 2012, nos aproxima a la grandiosidad del diseño del famoso arquitecto estadounidense John Kellum, empeñado en producir gigantescos edificios, cada vez más altos, con sólidas estructuras de hierro fundido. Kellum puso en su diseño, interpretando el sueño sin precedentes en hombres de la clase de Stewart, de ayudar a resolver el grave problema del techo a las trabajadoras de su firma, en una ciudad colmada de

mujeres viudas de guerra, sin albergues y sin entradas suficientes para llevar una vida decorosa. No hay duda que también en sus acciones benéficas Stewart era creador. El equipo de arquitectos que evaluó el proyecto del Hotel para trabajadoras, ya citado, concluyó: “Aunque Stewart era generoso con su fortuna, prefería no limitarse a donar fondos, sino a invertirlos en proyectos que podían producir recursos con fines altruistas o mostrar resultados palpables”.

El hotel se construyó en forma de un cuadrado perfecto en torno de un espacio interior exactamente igual en la planta baja, adornado por un jardín victoriano con una gran fuente central habitada por peces decorativos. Disponía de espacios contiguos que daban a la calle frente a las aceras para alquilar a comercios. El hotel tenía un comedor de unos 25 metros cuadrados para las jóvenes trabajadoras que debían alojarse en las 502 habitaciones disponibles. Sus cocineros y ayudantes servían 4,000 almuerzos diarios en cada turno. Otro salón de idénticas dimensiones estaba preparado para conferencias y conciertos, además de una biblioteca de 2,500 volúmenes. Por seis dólares a la semana podían alojarse dos trabajadoras en cada habitación. Por un dólar extra un huésped podía alquilar una habitación sólo para sí. El desayuno costaba 35 centavos, el almuerzo 25 y la cena 50 centavos. Una joven huésped podía invitar una amiga a cenar, previa solicitud de un comprobante de la administración.⁵ El reglamento del hotel, como ironiza Martí, era en verdad inflexible, pero tenía que serlo, para evitar el caos, la falta de higiene y mantener el más estricto comportamiento moral en su interior en alrededor de 1,500 jóvenes empleadas. Por ejemplo, no se permitían alimentos ni visitas en las habitaciones, ni muebles privados, ni cuadros personales en las paredes; el hotel cerraba a las 11:30 pm y el suministro de gas para la iluminación se interrumpía a la misma hora. También se prohibía lavar en las habitaciones. Había una lavandería en el sótano a precios bajos.

Por eso en el fragmento citado Martí dedica el adjetivo de “benéfico” a Stewart, esto es, persona generosa, que hacía el bien. En ese breve comentario, en medio de la descripción de una tormenta de fuego, Martí aprovecha para ilustrar al lector acerca de la función social del edificio a punto de desaparecer bajo las llamas⁶, convertido por sus herederos en el lujoso hotel Park Avenue, “colosal y lucrativo”. Era una crítica obvia a los herederos.

Dos años más tarde, al informar a los lectores del propio periódico acerca de la exhibición en la lujosa residencia de la viuda de Stewart del gran cuadro de Meissonier *Friedland, 1807*, decía: “En Nueva York, en casa de la viuda del rico Stewart, más famoso por la manera honrada con que elaboró su riqueza que por el monto extraordinario de ésta” [...]⁷

De nuevo Martí, estéticamente emocionado con la grandeza del arte y del Napoleón admirable y “casi divino” de Meissonier que le había servido de modelo al artista, vuelve a agradecer la memoria de Stewart, el “rico” cuyo prestigio se debía, no sólo al gigantesco monto de su fortuna, sino a la honradez con que logró reunirla.

Pero el 28 de octubre de 1886, acabada de sepultar Cornelia Clinch,⁸ Martí le dedica a ella y a su esposo buena parte de una crónica neoyorquina con un apasionamiento verbal que resalta en su obra periodística. Conviene reflejar, para la mejor ilustración del lector, antes de continuar, una parte muy pequeña de esos textos únicos. En dicha crónica, en un arranque retórico de alto relieve dedicado la difunta Cornelia en que caracteriza los primeros días de sacrificios y privaciones de los jóvenes esposos, Martí afirma

[...] cuando él vendía sus lienzos sobre el mostrador, ella, en lo alto de la casa, sacaba al aire los colchones, cocinaba, barría, bruñía con su puño de mujer sana los muebles. En ella respetaba él las cualidades que aplaudía en sí y se amaba a sí propio en ella, como en todo lo que le pertenecía [...] porque había momificado a su mujer, que ha vivido y muerto como una prisionera.⁹

Lo dicho por Martí no era obviamente un elogio para Cornelia que se habría identificado en medida tal con las ideas de su marido, a partir de ese momento un ser despreciable, en opinión de Martí, que apenas era posible distinguir en ella su propia personalidad. A Cornelia la describía Martí con relativa moderación:

No fue fea,¹⁰ ni pobre, ni mal educada, ni de escasa inteligencia, hija de un comerciante rico, parecía haberse concentrado en ella los hábitos de rapacidad y previsión que suele desarrollar el ejercicio del comercio, y ella adivinó y sirvió en la naturaleza buitral de su marido.¹¹

De tal suerte, la pobre Cornelia le pareció a Martí tan buitre como su esposo. Por su parte, Stewart se convirtió para Martí en un ser que “secaba todo lo que veía [...] Por donde quiera que se le tocara, era de piedra. Debe estar pereciendo de sed, donde quiera que esté ahora!”¹²

Estamos ante opiniones de una naturaleza tan subjetiva e íntima y, por lo poco delicadas tan raras en Martí, que vivía en un mundo social totalmente apartado de la pareja desaparecida y desconocida para él, que todo cuanto dijo, más extenso que lo expuesto en el fragmento citado, parecía apenas una imaginería inmoderada.

Un año después de la muerte de Cornelia, Martí estuvo presente en el lujoso salón de Chickering, en Boston, estado de Massachussets, en que se presentó a la venta la

gigantesca galería de arte moderno que Stewart atesoró durante toda su existencia. Su crónica se refirió a la liquidación de la increíble colección de cuadros, cuya variedad Martí comentó en un estilo elegante y sobrio que le hizo justicia, sin faltarle la crítica a casi todos los pintores que en ella estaban presentes. Pero insistió en ese momento en reiterar todo cuanto había dicho en ocasión del fallecimiento de Cornelia. El punto de mayor irritación para Martí parecía centrarse precisamente en la enormidad y excelencia de la colección, cuya belleza le había sido negada al pueblo, y cuyo valor artístico su dueño, según Martí, ignoraba.

Fue un acontecimiento en el que comentó acremente el pobre estado de la organización de la colección. Es evidente en la lectura de ese texto que Martí condenaba el “amontonamiento”, más bien el “aprisionamiento”, de las obras del arte moderno universal, creadas para ser disfrutadas por todos y no sólo por una clase privilegiada. Pero se abstuvo de ventilar y desarrollar públicamente esas ideas mientras duró la subasta.

En un brevísimo prelude Martí afirma categórico:

Ahora veamos estas obras famosas del arte moderno: esta galería incompleta y envidiable que acumuló por vanidad de advenedizo el odioso Stewart, el rico impío que encerró viva a su mujer, privada hasta del dinero de alfileres, en un sepulcro de mármol y oro...¹³

Stewart puede haber sido un “advenedizo”, en materia de apreciación de obras de arte, pero tenía un grupo importante de expertos a su servicio. Bienes raíces y comercio fueron buenas fuentes de acumulación de capital. El propio Stewart demostró que también lo eran las obras de arte. La galería de Stewart valía varios centenares de millones de dólares a los precios de hoy y su valor continuaba aumentando con el tiempo. Probablemente lo más importante en este fragmento fue la reiteración del cambio de opinión de Martí sobre la personalidad del millonario irlandés, que ahora era, no sólo “impío”, sino “odioso”, es decir, un hombre despiadado sin asomo de solidaridad humana y por ello despreciable. El tema de los alfileres lo retoma Martí en el propio artículo al afirmar que Stewart recogía los alfileres que veía en el suelo, pero no le perdonaba una deuda a nadie, por necesitado que estuviese.

Es verdad que su esposa vivió en condiciones de cierto recogimiento, sobre todo después de la muerte del millonario. Pero estaba lejos de ser una víctima, encerrada en una prisión de mármol. Era una multimillonaria y como tal vivió. Las síntesis biográficas y artículos de prensa coinciden en que sus últimos años transcurrieron para ella en paz, sin los excesos y extravagancias usuales en su clase.

Si algo es claro y puede atribuírsele a Cornelia es su lealtad matrimonial. Ella, que provenía de una familia acaudalada, compartió con su esposo, según el propio Martí nos informa, los difíciles días iniciales cuando él era aún un pobre inmigrante irlandés y se esforzaba por acumular su fortuna extraordinaria. Después de la muerte de Stewart, prosiguió su vida en su residencia palacial. Renunció a las grandes ocasiones sociales y atendió el curso de sus negocios, hasta su fallecimiento. Algo tuvo que ocurrir o conocerse, entre 1883 y 1886 sobre Stewart y su familia que hizo cambiar a Martí sus criterios del millonario, que pocos años antes le había merecido los calificativos de “honesto” y “benéfico”. No hay otra manera de justificar términos tan severos, y en Martí francamente inusuales, referidos a una mujer y un hombre ya fallecidos con una aureola bien ganada de generosidad reconocida por el pueblo.

Un hecho, cualquiera que sea el intento analítico, fue de la mayor importancia. Inmediatamente después de la muerte de la viuda de Stewart: sus herederos invadieron la palestra pública. Lucharon entre ellos y sobre todo contra Henry Hilton. La prensa local, particularmente el *Brooklyn Daily Eagle*, reflejó con complacencia las reservas de los centenares de aspirantes a herederos que rechazaban a Henry Hilton como fideicomisario de la enorme fortuna. Fue una avalancha de noticias que abarcaba desde una pobre limpia pisos que llevaba Clinch como su propio apellido, hasta otro ricachón que quería aumentar sus fondos, ya generosos.¹⁴

El pariente político de Cornelia, Henry Hilton, no fue condenado por sus conexiones con el “Tweed Ring” pero tampoco volvió a ejercer su profesión, lo que no le impidió consolidar su posición como fideicomisario de la gigantesca herencia. Hilton, de la noche a la mañana, se convirtió en millonario y administrador de una de las más grandes fortunas del mundo.

No hay duda que esta realidad debió preocupar a algunos miembros de los círculos de poder, varios de ellos sus enemigos personales, sobre todo a los republicanos. Todo trascendió a la prensa y desde luego también tuvo que conocerlo Martí. Pero resultó imposible evitarlo, porque Henry Hilton, ahora respaldado por una gran fortuna, representaba la irrupción de fuerzas políticas sumamente agresivas e incontrolables, y por ello peligrosas, en el espectro político e ideológico neoyorquino. Esto tendría consecuencias ulteriores importantes para el prestigio de la familia y de la memoria de Stewart, que no estaba presente para defenderse.

Es preciso recordar que casi todas las biografías consultadas¹⁵ indican en el millonario irlandés una personalidad compleja, que en materia de religión se nutrió de fuentes católicas y protestantes, sin exhibir extremismos religiosos o políticos, con un

grado relativamente alto de sensibilidad social, en verdad poco usual en hombres de su clase.

No cabe otra alternativa que hurgar en el contexto inmediato donde Martí vivía hacía ya unos siete años, esto es, la ciudad de Nueva York, en la seguridad que es en el medio que le rodeaba y en el curso de su propia vida donde hallaremos respuesta a estas interrogantes que deben tornar coherente lo que de otra manera resultaría confuso y hasta incomprensible.

No se hallan otras menciones en la documentación martiana sobre Stewart después del epitafio final que Martí le dedicara durante la venta de su colección de arte moderno. En los escritos de un patriota como él, cabalmente consagrado a la independencia y la liberación de su pueblo, tampoco se han hallado cartas, artículos o fragmentos personales que fundamenten la drástica transformación de sus criterios sobre Stewart.

En estas circunstancias sólo es admisible alguna hipótesis racional. La persona que mantuvo en alto el respeto hacia Stewart y sus tradiciones fue su esposa. Desaparecida esta, no aparecía nadie con voluntad, convicción y prestigio suficientes en el seno familiar para defender la imagen de Stewart, fallecido once años antes. La impresión inicial es que los periodistas investigadores, perennemente en busca de temas, aprovecharon la declinación de la familia de Stewart y hurgaron en algunas de sus singularidades familiares. Una segunda lectura de los hechos sugiere algo menos casual.

En realidad, una valoración cuidadosa evidencia que el curso de los acontecimientos venía gestándose desde mucho antes. Es necesario recordar, al llegar a este punto, que Henry Hilton era una personalidad en duda, animado del más agresivo antisemitismo. Nunca se olvidó en Nueva York cuando, en 1877, se negó a alojar a Joseph Seligman en el Hotel Grand Union de Saratoga, perteneciente a Stewart, ya en ese momento bajo su control. Fue un escándalo sonado. El *New York Times* dio la noticia en titulares en alta:

ESCÁNDALO EN SARATOGA.

NUEVAS REGULACIONES PARA EL GRAND UNION.

NO SE ACEPTARÁN JUDIOS -- MR. SELIGMAN,

EL BANQUERO, Y SU FAMILIA EXPULSADOS DEL HOTEL--

SU CARTA A MR. HILTON--

REUNIÓN DE LOS AMIGOS DE MR. SELIGMAN

No hay duda de la importancia del personaje ultrajado. El banquero judío, formado en Alemania, empeñado en la defensa de principios éticos en su carrera, fue quien desarrolló la política financiera que permitió al gobierno federal enfrentar los gastos de la Guerra de Secesión, y después renegociar dicha deuda. El incidente gradualmente elevó el tenor agresivo de los intercambios verbales entre las dos familias. Fue una disputa mayor que tuvo lugar después del fallecimiento de Stewart. Pero ya desde mucho antes, en los primeros años de la década del setenta, se conocían otros incidentes. El primero, ya mencionado, fue el de la designación de Stewart a la Secretaría del Tesoro por iniciativa de Grant. Pero se rumoraba que fue rechazado porque según se filtró a la prensa un pariente cercano de su esposa, precisamente Henry Hilton, estaba vinculado a la Red de Tweed.

En cambio, ya fallecido Stewart, a Seligman le fue ofrecido en 1877 la membresía del famoso “Comité de los Setenta”, grupo de las más altas personalidades estadounidenses que se consagraron a liquidar a Tweed y sus cómplices, lo cual finalmente lograron. Ya Seligman era presidente de la Sociedad Neoyorquina para la Cultura Ética. Su vocación por la ética en la vida privada y profesional de hombres y mujeres era muy fuerte. En definitiva, ambas familias operaban desde bandos opuestos. No puede afirmarse categóricamente que haya sido por la acción contra Seligman. Pero lo cierto es que la compañía de Stewart, ya bajo la administración de Henry Hilton, en un gesto público y grandilocuente que desde luego se filtró a la prensa, dejó de comprar y vender a las empresas de éste. Esa decisión a la postre le costó la ruina a la famosa firma que tanto capital le ganó a Stewart, adquirida en quiebra en la década del 90 por John Wanamaker de Filadelfia. Parecía una guerra. Y lo era.

En ella participó Henry Ward Beecher, uno de los más activos abolicionistas en Estados Unidos, muy respetado y querido por Martí. Beecher estuvo entre los que escarmentaron a Henry Hilton con un sermón publicado que tituló “judío y gentil”, devenido un clásico hasta los días que corren, del que Martí tomó nota minuciosa. A él aludió en ocasión del fallecimiento del famoso pastor en 1887:

Él, que perteneció en su Estado nativo al bando de colonos hostiles a la esclavitud, [...] sólo dejó en pie los dogmas indispensables para que su congregación no lo depusiera por hereje [...] Apenaba verle luchar entre sus reticencias hipócritas de pastor y el concepto filosófico del mundo, que se enseñoreaba de su juicio. [...] Componía sus sermones vagando por el campo [...] y luego los exhalaba con la fuerza histórica que le venía de los abuelos y de lo agitado y directo de la propia vida [...] Durante el invierno leía

el pastor, rodeado de sus hijos e hijas los patriarcas de la lengua: Milton, austero como su San Juan, Shakespeare, que pensaba en guirnaldas en flores; la Biblia, fragante como una selva nueva [...] Qué catequismos [...] habían de seducir a aquel hijo de un puritanismo activo y de una descendiente de escoceses románticos que se embebía en las músicas de la naturaleza [...] Esa era su oratoria. Él la improvisaba porque conocía la naturaleza [...] *Grande ha sido porque creado a los pechos de una secta, no predicó el apartamiento de la especie humana en religiones enemigas, sino el concierto en el amor y la alegría, el orden de la libertad y la ventura de la muerte. Su pecado será siempre menor que su grandeza. Defendía, con pujanza de un león, la dignidad humana.*¹⁷

El hombre a quien Martí se refería reaccionó enérgicamente cuando se enteró de la humillación que le fuera conferida a Seligman, su amigo. En un histórico sermón afirmó:

Quando en nuestros días un mercader intenta avergonzar a un hombre que a nadie ofende, no hay motín o turba que impida que todo un pueblo exprese su solidaridad por espacio de dos días con aquellos contra quienes se ha cometido una injusticia.

Tengo el placer de conocer al caballero cuyo nombre ha sido objeto de tanta agitación: el señor Seligman. He compartido mis vacaciones durante varios años con su familia. Lo conozco a él y a su honorable esposa, y con sus hijas e hijos y he aprendido a amarlos. Durante semanas y meses estuvimos juntos en Twin Mountain House,¹⁸ y no sólo se comportaron de una manera que debe provocar la envidia de muchos caballeros y damas cristianos. Fueron mis ayudantes y estuvieron presentes en mis sermones dominicales en Twin Mountain House, sino que además compartieron mis misas de entre semana y colaboraron en actividades de caridad hasta hacerme pensar que se habían convertido en mis diáconos, y que en la atención a mis servicios cristianos se comportaban sin el menor indicio de suspicacia y no se limitaron a los prejuicios que generalmente se achacan a su raza y por ello cuando escuché la ofensa innecesaria arrojada contra Seligman, pensé que ninguna otra persona podía haber sido humillada que hubiese logrado hacerme tan consciente de semejante injusticia.¹⁹

Joseph Seligman falleció en 1880, pero su hijo Isaac Newton Seligman asumió la presidencia del banco con las mismas ideas y política que su padre. Fue un activo luchador por la ética en las finanzas. Y digamos de paso que Martí lo conoció en 1887

cuando sustituía a Enrique Estrázulas en el Consulado de Uruguay. De él tuvo frases bondadosas por haber negociado algunas letras de cambio con ventajas muy favorables por su amistad con Paul Philippson, el amigo neoyorquino de José Martí. A propósito de este incidente, Martí decía a su amigo uruguayo:

No sé si habré hecho mal en tomarle la letra [de cambio] sobre Londres, pero no me lo parece, ya porque allá supongo facilísimo venderla, ya porque, por favor de [Isaac Newton] Seligman a Philippson no me cobran giro y me dan, como ve, la letra por la misma suma que aquí les he entregado, mientras que Amasink²⁰ me pedía por los \$95. Si erré V me dirá el mejor modo [...] No le mando nota, porque escribo desde casa, donde acabo de recibir la letra que a última hora me sacó Philippson. ¡Viva el Consulado!

No parece exagerado suponer que Philippson, entre los extranjeros uno de los más cercanos a Martí, fuera una valiosa fuente de informaciones para este acerca de las interioridades menos edificantes de la familia de Stewart.

Entretanto, el estado de franca beligerancia comercial entre las dos familias dio inicio a una intensa explosión de antisemitismo en Estados Unidos que se extendió a lo largo y ancho del país durante muchos años,²¹ y que aún no ha desaparecido totalmente en nuestros días. El trasfondo es que a partir de la negativa de Hilton de hospedar a Seligman proliferaron los incidentes discriminatorios y comenzaron a aparecer letreros y textos publicitarios en hoteles de todos los niveles alertando que “no se alquila a judíos y negros”. O, peor aún: “Ni perros ni judíos se admiten aquí”. Hubo violencia. Tanto Seligman como Henry Hilton recibieron amenazas de muerte, lo que les obligó a fortalecer su seguridad personal.

Es interesante que uno de los periodistas más activos en las búsquedas sobre las anomalías de la familia de Stewart fuera precisamente Joseph Pulitzer, hebreo húngaro por parte de padre, propietario y editor del *New York World*, empeñado en la creación de un género periodístico a base de pesquisas de todo lo despreciable en la sociedad estadounidense. Años después, un 1ro de mayo de 1890, apareció en el *New York Times* una breve noticia titulada “En defensa de la memoria de Stewart”, en la que se informaba que Joseph Pulitzer, Julius Chambers, “*et. al.*”, habían sido llevados ante los tribunales por haber cometido “un acto de difamación póstuma contra Alexander T. Stewart”. El título sugería a las claras que la prensa estaba dividida en cuanto a la acusación *post mortem* de Stewart.

El periódico, entonces bajo la dirección de George Jones,²² reprodujo el texto de una carta enviada por los herederos al Fiscal General del estado, de apellido Fellows, en la que protestaban acerca de una serie de artículos publicados entre el 14 y el 19 de abril de 1890, en el *New York World* en los que se acusaba a Stewart “de un crimen

oscuro y secreto” por haber “invitado a personalidades para presentar a sus queridas en la mesa de sus cenas” y por ser “un pirata en el océano de los tejidos y las confecciones”. Al año siguiente el propio periódico informó que las acusaciones de los herederos habían sido declaradas “sin lugar” por el tribunal correspondiente.²³ Huelga señalar que el veredicto fortalecía el descrédito de Stewart, pero sobre todo desautorizaba a sus herederos, en particular a Henry Hilton.

Dicho en tan pocas palabras, pudiera parecer un incidente menor en la urbe neoyorquina. Fue realmente un escándalo de importantes connotaciones políticas, por el número crecido de irlandeses en esa ciudad que amaban al millonario. Y también por la existencia de una minoría judía que luchaba en la gran urbe y todo el país por su reconocimiento y por posiciones de influencia y poder que le permitiesen la mejor defensa de sus intereses. Cuando Pulitzer atacaba a Stewart, lo hacía en verdad contra Henry Hilton, el aborrecido antisemita, de quien llegó a decir que era el más cercano asesor de Stewart. Con ello se alineaba en defensa de la minoría judía, y también coincidía de cierta manera con Martí que lo había precedido con su propia ofensiva periodística contra Stewart y su familia heredera.

Cualquiera que haya sido su resultado, la investigación planeada por Pulitzer fue seguramente exhaustiva. Los investigadores contratados por él, especialmente Julius Chambers,²⁴ el más brillante de todos, eran hombres experimentados en las pesquisas periodísticas.

Se trata del investigador que dirigió el equipo organizado para investigar a Stewart, catorce años después de su fallecimiento, resumidos en los seis artículos ya mencionados que motivaron el sensacional pleito. Lamentablemente, no ha sido posible hallar los artículos en los recursos documentales disponibles. Es deplorable porque el ejemplo destacado por el *New York Times* es minúsculo y poco convincente.

Se conoce, por ejemplo, que Stewart tenía por costumbre ofrecer suntuosas cenas los viernes por la noche. Si el “crimen oscuro y secreto” había sido, como afirma el *World*, sentar a los invitados de Stewart juntos con sus amantes, salvo que se haya producido un escándalo generalizado, que nunca fue el caso, habría que concluir que Stewart hacía uso de su derecho a la privacidad y evidenciaba que le importaban menos los niveles sociales y más el talento e inteligencia de algunos de sus invitados a sus cenas semanales. Por lo general su mesa incluía hombres y mujeres de eminencia social y de todas las profesiones, “desde el emperador de Brasil (Pedro II) y miembros de las familias de Rothschild y Vanderbilt, hasta poetas y pintores sin un centavo en el bolsillo”.²⁵

En cuanto a que era un “pirata” en el océano de los “tejidos y las confecciones”, aparte de que frases como esa nada prueban, y sólo son proferidas para zaherir a la familia de los indiciados, uno podría preguntarse qué comerciante de aquellos días – y de hoy – no lo es. No queda otro remedio que continuar buscando para lograr una idea

más completa del contenido de lo publicado, que habría reflejado las informaciones que venían rumorándose desde hacía años. .

Lo más significativo para quienes nos preocupamos por la obra de José Martí es que el esfuerzo de los que se empeñaron en destruir la imagen de Stewart probablemente haya fortalecido la ética, tan cara para Martí, y la causa judía en Estados Unidos. Pero ciertamente, judíos o no, estaban, en ese instante, de parte de la ética en la vida pública de Estados Unidos. Pero no pudieron apagar la llama de Stewart, independientemente de errores y aciertos. Lo más relevante, en nuestra actualidad, es que el pueblo de origen irlandés en Estados Unidos jamás lo ha olvidado.

Desde el punto de vista de Martí, es claro que cuanto se movía en derredor del multimillonario irlandés llegaba a sus oídos, porque todo terminaba en la prensa y aunque no escribiera sobre el tema, la información en alguna medida le influía, sobre todo si provenía de alguno de sus amigos más respetados, como Paul Philippon y Henry Ward Beecher. Lo cierto es que la campaña de desacralización histórica de Stewart, pero sobre todo de su crecido número de herederos, principalmente los de la señora Clinch, entre los que se destaca Henry Hilton, ya estaba en ejecución antes de 1886, cuando ella falleció. Fue el año en que Martí escribió su crónica citada y comenzó a distanciarse de su profesión periodística para consagrarse, casi por entero, a la creación del Partido Revolucionario Cubano y lograr la unidad de la emigración, pocos años antes de iniciarse la guerra necesaria

NOTAS

Puede consultarse el primer artículo del autor con esta óptica en mente, “José Martí y las elecciones de Chicago, abril de 1887” en el Dossier del Portal José Martí, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2012.

² Martí calculaba el doble del capital líquido de Stewart en el momento de su muerte. Nuestras cifras proceden de su testamento. Véase en el tomo 24 de la edición crítica de las *Obras Completas* de José Martí, “El multimillonario Stewart”, New York, *El Partido Liberal*, 27 de octubre de 1886.

³ William Marcy Tweed, (1823-78)- Nació y se educó en la ciudad de Nueva York. Se formó como tenedor de libros. Hacia 1857 fue elegido concejal y de 1853 a 1856 fue miembro de la Cámara de Representantes del Congreso de Estados Unidos. En ese período se convirtió en la figura más influyente en la Sociedad de Tammany Hall, sede de la maquinaria política del Partido Demócrata en esa ciudad. En los catorce años subsiguientes logró consolidar su enorme poder político y organizar lo que se llamó “red de Tweed” (Tweed Ring). Esa organización secreta para delinquir compraba votos, promovía la corrupción judicial y de hecho controlaba toda la política inversionista de la gran urbe neoyorquina. Es incalculable el enorme volumen de fondos robados a la administración municipal estimado conservadoramente en 200 millones de dólares, centenares de millones más a los precios actuales. La caída de la red se produjo en 1871, después de la publicación en el *New York Times* de una serie de artículos de investigación – una novedad entonces -- basada en informaciones confidenciales suministradas por un contador municipal. Tweed fue condenado a 12 años de prisión, conjuntamente con un crecido número de compinches a todos los niveles de la administración municipal. De la cárcel Tweed escapó en 1875 y fue a parar a Cuba, de donde fue deportado. Murió en el presidio en 1878.

Las fuentes de esta información son los periódicos locales de la época, principalmente el *New York Times* y el *Brooklyn Daily Eagle*, y las Enciclopedias digitalizadas Britannica y Microsoft.

⁴ José Martí, *Obras Completas, La Opinión Nacional*, Caracas, 15 de octubre de 1881, p. 78.

⁵ Por cierto, el hotel lo inauguró su esposa Cornelia, ya viuda, el 2 de abril de 1878 ante más de 10,000 personas, según la prensa. No habían transcurrido 54 días de operaciones cuando los herederos la convencieron de que los costos de operación y mantenimiento del hotel de trabajadoras eran excesivamente altos y operaba con pérdidas, que convenía convertirlo en un hotel de lujo que, como afirma Martí, bautizaron con el nombre de Park Avenue Hotel. Esa decisión dio al traste con el noble proyecto social de Stewart. Está claro que las mujeres que lo habitarían no tuvieron tiempo para apreciar sus bondades y defectos. Pero Martí afirmó que: hasta el Hotel de Mujeres que antes mereciera su reconocimiento por una obra meritoria para quienes más la necesitaban, sufrió el embate de su prosa elocuente: “Todavía tienen cara de esclavos los dependientes que sirven en su tienda. Y cuando concibió la construcción de un edificio monumental para habitaciones de trabajadoras—un edificio de hierro como él—imaginó para las infelices inquilinas de su lóbrego palacio un reglamento tan impío, que las pobres criaturas huyeron de la jaula, espantadas de aquella grandeza de ataúd”.

⁶ El edificio salió indemne porque había sido diseñado a “prueba de incendios”, según sus constructores.

⁷ José Martí *La Opinión Nacional*, Caracas, 3 de marzo de 1883, p. 226, en *Obras Completas*, t. 23, p. 116.

⁸ Léase el texto completo en el tomo 24 de la edición crítica de las *Obras Completas* de José Martí, New York, “El millonario Stewart”, *El Partido Liberal*, 27 de octubre de 1886.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ Algunas biografías la describen como una joven educada, famosa en Nueva York por su belleza.

¹¹ Ibidem.

¹² Ibidem.

¹³ *La Nación*, Buenos Aires, 15 de abril de 1887, p. 310

¹⁴ Véanse las ediciones del *Brooklyn Daily Eagle* de mayo 11 de 1878, "Hundreds of "parents" pretend to inherit Stewart's estate", noviembre 13 de 1886, "Mrs. Stewart's will probated", Julio 29 de 1887, "The Stewart Estate. A Flushing woman who wants Henry Hilton removed".

¹⁵ El esbozo biográfico presentado se realizó a partir de las siguientes fuentes:

- a) *Appleton's Cyclopaedia of American Biography*, versión de Internet, 6 vols. New York 19, Appleton and Company, 1887, 1889 y 1899.
- b) *Microsoft Encyclopaedia*, Digital Edition.
- c) *Encyclopaedia Britannica*, Digital Edition.
- d) *Logansport Pharos Tribune*, Digital Edition, Internet.
- e) *Appleton's Cyclopaedia, 2001*. versión de Internet.
- f) *Biography of Alexander Turner Stewart*, Irish Cultural Society of the Garden City, Long Island, New York. Digital edition, Internet.
- g) *Biography of Alexander Turney Stewart*, *Wikipedia*, Internet.
- h) *Virtual American Biographies*, Internet.
- i) *Jewish Encyclopaedia*, Edición Digital, Internet.
- j) Elias, Stephen, *Alexander T. Stewart: the forgotten merchant prince*, Wesport, Praeger Publishers, 1992.
- k) Hubbard, Edbert, *AT Stewart: little journeys to the homes of forgotten businessmen*, vol. 25: no. 4, East Aurora, New York.

¹⁶ *New York Times*, junio 19 de 1877, 1ra página.

¹⁷ José Martí, "Henry Ward Beecher, su vida y su obra", en *Obras Completas*, Tomo 13, p. 36. *Cursivas nuestras*.

¹⁸ Se trata de un hotel de verano en White Mountain, estado de New Hampshire, en cuyos jardines bajo una carpa, el sacerdote estadounidense daba sus sermones.

¹⁹ Henry Ward Beecher, *Jew and gentile*, *Jewish Encyclopedia*, edición digital, Internet.

²⁰

Parece una errata.

²¹ Esa Guerra concluyó con la victoria del semitismo en Estados Unidos. La comunidad hebrea es hoy sin duda la más poderosa e influyente en Estados Unidos.

²² El editor del *New York Times*, George Jones, hizo famoso a su diario cuando en 1871 se negó a aceptar un soborno de cinco millones de dólares de John Marcy Tweed para impedir la publicación de artículos que denunciaban sus actividades delictivas, lo cual dio a conocer en su periódico.

²³ Véase *New York Times*, "charges dismissed", enero 7, 1891.

²⁴ En una ocasión Julius Chambers fue infiltrado en una conocida institución de enfermos mentales de Nueva York, el Bloomingdale Asylum, sobre la cual se rumoraban violaciones de los derechos humanos de los pacientes. Después de varios días de enclaustramiento, en que se hizo pasar por enfermo, salió del sanatorio, se fue a las montañas y escribió varios artículos y un libro fundamentado en sus investigaciones y experiencias con descripciones tan alucinantes de los tormentos a los enfermos que el resultado fue, no sólo la liberación de una docena de "pacientes"

perfectamente sanos, sino la expulsión de médicos, enfermeros y personal de servicios del sanatorio, y sobre todo una ley del Congreso que establece los derechos de los enfermos mentales a tratamientos realmente humanos y profesionales. En el momento de los hechos era subdirector del diario.

²⁵El contenido de esta nota procede de la biografía de Stewart en la *Edited Appleton's Encyclopedia, 2001*, edición digital, *Internet*.

Todavía tienen cara de esclavos los dependientes que sirven en su tienda. Y cuando concibió la construcción de un edificio monumental para habitaciones de trabajadoras—un edificio de hierro como él—imaginó para las infelices inquilinas de su lóbrego palacio un reglamento tan impío, que las pobres criaturas huyeron de la jaula, espantadas de aquella grandeza de ataúd.

